

Del margen a la clase social

Apuntes a partir de una investigación colectiva en una ciudad desindustrializada del norte de Francia

José-Ángel Calderón

■ Doi: 10.54871/ct26ps22

Introducción

¿Cómo pensar las clases sociales cuando la relación salarial se desfigura, los mercados de trabajo se fragmentan y las organizaciones políticas y sindicales que gravitaban en torno a ellas se debilitan? Aunque el sentimiento de pertenencia a una clase social ha ido decreciendo entre las personas situadas en los estratos más bajos de la sociedad, ¿sigue siendo posible pensar en lo que Robert Castel (2003) llama una “sociedad de semejantes”? Y, sobre todo, ¿es posible hacerlo sin recurrir a las categorías binarias de la sociedad salarial (incluidos-excluidos, centro-margen, trabajadores-parados, etc.), que condenan a sectores de la población a una posición de subalterni-

dad? ¿Qué respuestas pueden darse a estos interrogantes si lo hacemos desde el punto de vista de los marginados del empleo?

En este capítulo se adelantan algunos resultados de una investigación etnográfica realizada por un colectivo de investigación en una ciudad desindustrializada del norte de Francia, entre 2011 y 2015 (Collectif Rosa Bonheur, 2019). Roubaix fue desde el siglo XIX un centro industrial textil de gran importancia en el continente europeo, sede de la bolsa mundial de la lana y destino de numerosas masas de trabajadores provenientes de Bélgica, del sur de Europa y del norte del continente africano a partir de los años cincuenta del siglo XX. Las innovaciones tecnológicas (lana sintética) y las estrategias de deslocalización destinadas a abaratar costes productivos produjeron un vaciado industrial a partir de los años setenta. El capital se reconvirtió en la gran distribución —el imperio Mulliez, poseedor de grandes marcas como Decathlon o Auchan, es originario de Roubaix— y en operaciones urbanas de diversa naturaleza —reconversiones urbanas, industrias inmobiliarias—, pero los habitantes de la ciudad fueron condenados al paro y a la precariedad. La ciudad de Roubaix es paradigmática de un proceso de desindustrialización similar al de otras zonas urbanas densas e industrializadas del norte y del este de Francia en el que coexisten en los albores del nuevo siglo tasas de pobreza muy elevadas (40% de la población local) consecuencia de unos mercados de trabajo que no absorben una mano de obra devenida excedentaria (en Roubaix aplica la proporción 1/3 de parados, 1/3 de inactivos y 1/3 de asalariados) y una tasa de desigualdad de las más elevadas de Europa puesto que los antiguos “capitanes” de la industria siguen viviendo en los barrios elegantes de la ciudad. En los barrios populares, ya son tres generaciones de trabajadores desde que se fueron las fábricas, y estos no han esperado al mercado ni a las administraciones públicas para activar sus redes sociales y ponerlas al servicio de la producción y distribución de recursos necesarios para la vida de las comunidades. El *leitmotif* que guía nuestra investigación es: ¿qué hace la gente, de la que dicen que no hace nada? Este interrogante nos lleva a un despliegue de

prácticas informales de trabajo, que no son reconocidas como tales, ni por las administraciones, ni a menudo por los propios actores de los barrios populares. No obstante, se sitúan en la base de economías informales que se desarrollan también en los países europeos, como desarrollamos en el primer apartado. En el segundo apartado buscamos establecer vínculos entre las economías de subsistencia y las transformaciones de los regímenes de empleo en Francia. En los apartados tercero y cuarto analizamos las dinámicas de recomposición de las clases populares al margen de los mercados de empleo formales (3), las luchas de poder entre distintos fragmentos de clase y el horizonte de la emancipación (4).

Del empleo a las economías de subsistencia

La restructuración de los procesos productivos de los últimos treinta años (fragmentación del trabajo, deslocalizaciones, externalización) han empujado a fragmentos numerosos de la población francesa y europea a los márgenes de los mercados de trabajo y de consumo (Calderon, Demailly y Muller, 2016). Desde 1980, la industria francesa ha perdido la mitad de su mano de obra, y ahora representa solo el 10,3 % del empleo total. La participación de la industria en el PIB se situó en el 13,4 % en 2018, frente al 25,5 % de Alemania, el 19,7 % de Italia y el 16,1 % de España. La terciarización de la economía, muy articulada a los procesos de metropolización, no sólo no ha mantenido sus promesas para una parte sustancial de la población, sino que ha ahondado las desigualdades socio-espaciales (Calderon, 2019). El debilitamiento progresivo del Estado de bienestar ha situado a las clases populares en una creciente situación de precariedad y con muchos menos recursos para hacer frente a las crisis cíclicas que azotan el continente. Así, por ejemplo, un reciente estudio del Credoc (2021) muestra que 31 % de los franceses se siente hoy en una situación de vulnerabilidad, 10 puntos más que antes de la crisis sanitaria y financiera de 2019. Las trayectorias socio-laborales de entre

una cuarta y una tercera parte de la sociedad se caracterizan cada vez más por entradas y salidas recurrentes del empleo, sobre todo las de aquellas personas que residen en zonas urbanas pauperizadas (Penissat y Siblot, 2019) y estigmatizadas (Topalov, 2019). Las tasas de desempleo y de inactividad se disparan en las ciudades desindustrializadas como Roubaix, y las medidas puestas en marcha por los poderes públicos (promoción de la empleabilidad, fomento de la movilidad, políticas de atracción de industrias de servicios innovadoras, renovación urbana para atraer a las clases medias a los barrios populares etc.) parecen desfasadas con respecto a los problemas reales relacionados con la inseguridad económica, la pobreza y el acceso a los recursos necesarios para garantizar una vida digna para las familias y comunidades que se encuentran en estas situaciones de precariedad. Esto se refleja en la dificultad que tienen en los barrios populares para pagar sus facturas (Credoc, 2021), como las de electricidad (22 % frente al 7 % de los demás), teléfono e Internet (20 % frente al 5 %), alquiler o hipoteca (18 % frente al 4 %), impuestos (18 %), seguro del hogar o del coche (17 %) y gastos escolares (17 %). La condición de “desempleado” o “beneficiario de prestaciones sociales” es indicativa de una realidad que no ha sido elegida por las personas afectadas, sin embargo, las categorías administrativas francesas (parado, inactivo, pobre) ocultan en realidad todo un submundo de actividades y prácticas de organización de la vida cotidiana con las que las clases trabajadoras más precarizadas tratan de resolver contemporáneamente el problema de la subsistencia.

Investigaciones recientes han tratado de examinar los efectos de la desalarización desde el punto de vista de las personas que soportan el empobrecimiento y el deterioro de sus condiciones de vida. Estas investigaciones etnográficas organizadas a partir de entradas territoriales en los barrios y ciudades desindustrializados (Collectif Rosa Bonheur, 2019), rurales (Renahy, 2010) o en declive demográfico (Peraldi, 1999), u otras más centradas en trayectorias laborales es-

pecíficas (vendedores ambulantes,¹ mercados populares,² servicios a la persona,³ mecánica de calle),⁴ revelan un continuo de actividades informales y formales que la transformación de los mercados de trabajo industrial y de servicios ha hecho necesarias. La emergencia de estas actividades alimenta la hipótesis de un sistema de economías de subsistencia que recorre el espacio social urbano y popular francés y europeo.

Cuidado colectivo de ancianos, niños y enfermos, autoconstrucción o renovación de viviendas; recuperación y reparación de bienes recuperados de la calle (cartoneros, etc.); venta ambulante informal (más o menos formalizada); autoproducción de bienes y servicios (huertos colectivos, pequeños talleres para fabricar a domicilio bienes, herramientas, ropa, etc.); gestión de las relaciones con las administraciones públicas y la policía; trabajos de reparación, etc. Se trata de actividades que no son consideradas como un “verdadero trabajo” ni por las autoridades ni a menudo por los propios actores, pero que, orientadas a la subsistencia de los individuos y sus familias, se sustentan en redes de reciprocidad y generan una dinámica económica, entre la formalidad y la informalidad, a menudo reprimida por los poderes públicos (Collectif Rosa Bonheur, 2022).

En algunas de estas investigaciones realizadas en los barrios populares de nuestras ciudades del norte de Europa, vemos organizaciones económicas que se identifican desde hace tiempo en las grandes metrópolis del Sur, en Buenos Aires, Río de Janeiro, México DF o Bogotá, donde los mercados de trabajo son estructuralmente

¹ E. Palomares, “Droits de place. Urbanités minoritaires face aux politiques ambiguës de formalisation des commerces de rue”, in Authier et al., *D'une ville à l'autre*, Paris, La Découverte, 2019 ; L. Costes, *L'étranger sous terre. Commerçants et vendeurs à la sauvette du métro parisien*, Paris, L'Harmattan, 1994

² V. Marchand, “Faire les marchés : commerçant·e·s à La Paz et à Roubaix”, *Travail, genre et sociétés*, 2017/1 (n° 37) ; H. Sciardet, *Les marchands de l'aube. Ethnographie et théorie du commerce aux puces de Saint-Ouen*, Paris, Economica, 2003

³ F. Jany-Catrice, “La construction sociale du “secteur” des services à la personne : une banalisation programmée ?”, *Sociologie du travail* [En ligne], Vol. 52 - n° 4 | Octobre-Décembre 2010

⁴ Collectif Rosa Bonheur (b), “La mécanique à ciel ouvert. Un travail de subsistance dans les quartiers populaires”, *Métropolitiques*, 25 mars 2019.

informales, porque tras cuarenta años de crisis de la sociedad salarial, la cuestión de la subsistencia se está resolviendo al margen de los espacios económicos formalizados. Las economías populares urbanas necesitan conocimientos técnicos producidos colectivamente, intercambiados y transmitidos entre pares, en el hogar o en la calle. También implican formas de especialización de las actividades y una división del trabajo que permite recompensar económicamente, incluso simbólicamente, el trabajo de cada actor de dichas economías. Los resultados de estas investigaciones sociológicas plantean por tanto la cuestión de hasta qué punto se ha diluido la relación salarial para las clases trabajadoras francesas, que parecen seguir siendo las beneficiarias mayoritarias del empleo asalariado, y hasta qué punto el acceso a los recursos básicos es hoy dependiente para ellas de su capacidad de auto-activación.

¿Las economías de subsistencia son autónomas de los nuevos regímenes de trabajo y empleo?

El relato habitual en Europa considera que, en la sociedad fordista de los “Trente Glorieuses”, el salario contiene los recursos esenciales necesarios para la subsistencia. Por salario se entiende el ingreso directo que permite el acceso del trabajador a los mercados de consumo de productos estandarizados, y el ingreso diferido que se traduce en acceso a prestaciones y derechos sociales como efecto de las políticas puestas en marcha para socializar las situaciones de riesgo o de ruptura de trayectorias. ¿Quiere esto decir que la relación salarial contiene todas las formas de acceso y distribución de recursos de subsistencia? Nada más alejado de la realidad. Economistas meridionales como Enzo Mingione (1997) llaman la atención sobre el papel que juegan fragmentos de clase no asalariados especializados en otras formas de trabajo no mercantilizadas. El economista italiano alude por supuesto al ámbito del trabajo reproductivo, realizado esencialmente por mujeres, que se encuentra plenamente subordina-

do al trabajo productivo. También se refiere al trabajo independiente y autónomo, a caballo entre la esfera doméstica y el mercado, que se constituye según lógicas y temporalidades y articula subjetividades y trayectorias más propias del mundo artesanal y campesino que de las del trabajo asalariado abstracto.

Por último, otras formas de trabajo no mercantilizadas de autoproducción (bricolaje, confección, construcción, etc), vinculadas históricamente a las economías domésticas y urbanas, se han venido convirtiendo progresivamente en un *travail à-coté*, según el feliz término acuñado por Florence Weber (1989), es decir, en una expresión cultural de una relación estética con el trabajo por parte de trabajadores que encuentran en estas prácticas una escapatoria a la alienación que padecen en sus empleos respectivos. A través de estas prácticas se sigue transmitiendo una cultura popular del trabajo, que se sustenta en valores como la división sexual del trabajo, la preferencia por hacer uno mismo las cosas en vez de hacerlas hacer por algún otro, el reconocimiento por último de las capacidades técnicas de cada cual, que se sitúan a la base de los juicios de valor sobre las personas y de reputaciones morales locales.

Las transformaciones de los procesos productivos, la balcanización de los mercados laborales, la expulsión de fragmentos enteros de la sociedad a los márgenes del empleo, han hecho añicos la universalidad del “trabajador asalariado” como norma laboral. La multiplicación exponencial de figuras laborales más o menos protegidas, unida a una transformación paulatina del papel del Estado en la regulación de la economía, otorga un nuevo protagonismo a todas estas formas y espacios económicos que estaban subordinados a la economía capitalista. El trabajo independiente, los espacios de la economía doméstica y urbana de subsistencia, el trabajo reproductivo y la autoproducción van a adquirir una nueva centralidad en los nuevos contextos.

El despliegue de estas formas económicas implica una reorganización de la esfera familiar según un principio de activación económica. De este modo, el ámbito doméstico y, más allá, la vida en

los barrios populares, están hoy orientados por el “trabajo de subsistencia”, que apenas permite mantener la cabeza fuera del agua, pero que ocupa hoy un lugar central en la vida cotidiana de las clases trabajadoras más precarizadas. Este trabajo, que no tiene por objeto producir valor sino recursos básicos y concretos de subsistencia, se extiende a medida que se reduce el mercado de trabajo formal y que la pobreza exige la organización de intercambios de servicios, el recurso a la autoproducción y a un tejido comercial dirigido y autoorganizado por las clases populares.

Las cualificaciones y saber-hacer que se adquieren en estas redes de subsistencia pueden ser activadas en el ámbito de la familia o en los espacios comunitarios, según lógicas de autoayuda y de donación-contra donación (Godelier, 1996). Estas pueden ser también movilizadas para rascar algo de dinero en los bolsillos en los que aún queda algo de metal —es el caso por ejemplo de los empleos informales en las actividades de reparación, bricolaje, confección o cuidados que se ofrecen a través de afiches en las ventanas de los domicilios, en los comercios de proximidad o incluso a través de internet—. Por último, las cualificaciones populares pueden ser invertidas en relaciones de empleo muy precarizadas y descualificadas como la limpieza, el cuidado de enfermos o ancianos etc. Es por ello que la cultura del “rebusque” que sustenta el trabajo de subsistencia es compatible con una gestión desregulada de la mano de obra que hace recaer los costes de la reproducción en la familia y en las comunidades populares de trabajo. Así que la pregunta pertinente sería: ¿cuánto trabajo es necesario para que una mujer desempleada pueda gastar su tiempo trabajando contra una remuneración ridícula limpiando las casas de las clases medias que viven en los centros urbanos de las nuevas metrópolis? Se puede considerar que las economías urbanas de subsistencia se basan en una lógica de autoactivación permanente (Abdelnour, 2017) de comunidades enteras de trabajadores especializados, que es plenamente coherente con un régimen general de intensificación del trabajo, de externalización de

costes por parte de las empresas y de gestión de la pobreza por parte de las administraciones.

Dinámicas de recomposición de las clases populares al margen de los mercados formales

La creciente importancia de las economías populares de subsistencia en los países europeos requiere más estudios y evidencias empíricas a propósito del redespliegue del trabajo en las economías urbanas. Esta exige también un doble esfuerzo conceptual que puede empezar a adelantarse, en torno a al menos dos retos teóricos que plantea la recomposición contemporánea de las clases trabajadoras en un mundo del trabajo cada vez más fragmentado.

Hacia una definición ampliada del trabajo.

Pensar las clases sociales en términos de la dinámica de su recomposición, en el marco del capitalismo neoliberal que no deja de expulsar fragmentos de la sociedad a los márgenes del empleo, significa pensar hoy, centralmente, en la forma en que un espacio social produce recursos para garantizar la subsistencia de los individuos y sus comunidades de pertenencia —alimentación, vivienda, consumo de bienes y servicios, salud física y mental— así como en analizar cómo este trabajo se distribuye de manera desigual al interno de las comunidades de trabajo. Siguiendo la estela del feminismo materialista que descubre la existencia de un trabajo reproductivo no remunerado e indiscutiblemente ligado a las economías productivas, el trabajo que se despliega en las economías populares de subsistencia se sitúa en los intersticios de la formalidad y la informalidad, entre la esfera productiva y lo reproductiva. Se trata de un trabajo que puede ofrecerse gratuitamente o intercambiarse contra otro servicio, incluso contra algo de dinero, y puede incluso ser movilizadado en el marco de una relación de empleo. Se trata al mismo tiempo de un trabajo

de no deja de ser apropiado por el capital, y es por ello que los salarios no dejan de disminuir en los mercados secundarios de trabajo: esto es, no puede desvincularse el despliegue de las economías de subsistencia de las estrategias de externalización de un capitalismo que ya no “hace”, sino que “hace hacer” (Cingolani, 2022), y estos últimos años estamos por ejemplo observando que diversas actividades de las economías de subsistencia están hoy siendo aspiradas por el capitalismo de plataforma. El primer reto científico y político consiste por tanto en identificar a los fragmentos marginalizados de las clases trabajadoras como productores, para demostrar que no se les reconoce ni remunera en su justo valor.

Hacia una articulación conceptual del trabajo y del territorio.

Es indiscutible que las economías de subsistencia se despliegan en y desde los espacios populares, a los que contribuyen a dar una forma específica. La fábrica fue el dispositivo que permitió vincular el “capitalismo”, como dinámica de acumulación y captación de recursos, a la “economía de mercado”, basada en las transacciones mercantiles y el crédito, y, por último, a la “vida material”, que está más estrechamente imbricada con las estructuras familiares y el espacio social en sentido amplio⁵. La desindustrialización ha provocado una compleja reordenación de estos diferentes espacios económicos. Con la disolución del dispositivo fabril, es necesario examinar cómo encajan los distintos mundos económicos en la producción de los espacios populares. La esfera capitalista ha perdido su preeminencia en la ciudad popular, si bien sigue ocupando una parte del espacio urbano —sobre todo a través de la reconversión terciaria de algunos de los antiguos centros de producción industrial—, los empleos disponibles se encuentran a menudo fuera de los espacios populares y

⁵ Para un análisis de la imbricación de estas esferas en otros contextos históricos ver F. Braudel, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XV – XVIII siècle*, Paris, Armand Collin, 1979, 3 vol.

de ello resulta que las movilidades domicilio-trabajo se han intensificado para aquellos que aún conservan un empleo (Brunet y Rieucrau, 2019). Por otra parte, los espacios dejados vacantes por el declive del capitalismo industrial están siendo reinvertidos por el trabajo de subsistencia. Esto plantea una cuestión importante que tiene que ver con los usos conflictivos y con la producción de la ciudad popular contemporánea.

Por otro lado, el trabajo de subsistencia configura unos usos y funciones específicos del espacio popular, al que contribuye a dar forma. Es importante subrayar el modo en que las clases populares contribuyen a producir los espacios populares y los constituyen en “centralidad popular”⁶. A partir de este concepto, el equipo de investigación Collectif Rosa Bonheur pone en evidencia como los espacios que son considerados periféricos o estigmatizados por el capital y las administraciones, cumplen al contrario con funciones indispensables para la subsistencia de las clases populares marginalizadas: son espacios que generan recursos materiales, que permiten la producción de vivienda accesible a las clases populares, y que generan vínculos sociales y recursos morales que permiten resistir al peso de la culpa y la estigmatización sociales vehiculadas por las categorías administrativas en las que las personas son confinadas así como por los relatos mediáticos habituales relativos a la ciudad popular.

Identidades, relaciones de poder y horizontes de emancipación

El trabajo de subsistencia no consiste únicamente en acceder o producir los recursos necesarios para la vida cotidiana. También garantiza la producción de vínculos sociales, permite procesos de

⁶ Collectif-Rosa-Bonheur “Centralité populaire : un concept pour comprendre pratiques et territorialités des classes populaires d’une ville périphérique”, *SociologieS* [Online], 2016

identificación positiva y tiene una función moral reparadora. En los espacios urbanos organizados por economías de subsistencia, las comunidades de trabajo tienden a fundirse con las comunidades de vida que comparten valores éticos y morales vehiculados por las prácticas de trabajo (apego al trabajo bien hecho, reconocimiento de la contribución de cada cual, hacer uno mismo mejor que “hacer hacer”...) y por un principio de separación (cada cual según sus cualificaciones, división sexual del trabajo). El espacio económico popular es por tanto doblemente relacional y conflictivo: existen conflictos de valores entre las clases trabajadoras y las demás clases, por ejemplo, cuando los miembros de las clases populares dicen: “¡pero nosotros somos trabajadores, no holgazanes, beneficiarios de ayudas sociales o ladrones! Pero también hay conflictos al interno de las clases populares que tienen que ver con el reconocimiento desigual del trabajo realizado por cada cual.

Abordar el problema de triangulación de la conciencia social.

La cuestión de la identidad se plantea de un modo diverso a como sucede en el marco de las relaciones de empleo estables. El estudio etnográfico realizado en Roubaix descubre que los contornos del “yo” y del “nosotros” son muy fluctuantes: “nosotros” los habitantes del barrio frente al cierre de una guardería o frente a una actuación de desahucio, “nosotros” los “árabes” cuando se consume en una carnicería *hallal*, “nosotras” las “argelinas” cuando se prefiere el vínculo comunitario para la delegación del trabajo de cuidados de las crianzas, “nosotros” los “pobres” frente a los agentes de las administraciones públicas o “nosotros” los “trabajadores” frente a un agente de policía. Este paso del “yo” al “nosotros” parece así sumamente dependiente de las redes en las que se inscriben las distintas tareas y actividades que componen el trabajo de subsistencia. Dicho de otra manera, las relaciones de trabajo en las economías de subsistencia están atravesadas de manera permanente por relaciones de poder (género, etnia, edad) que separan y jerarquizan a los individuos y a

los grupos sociales, y al mismo tiempo son base para una afirmación identitaria plural.

Por otro lado, la investigación etnográfica descubre que el “ellos” ya no designa tanto a aquellos que toman las decisiones —desde el ayuntamiento, desde la capital metropolitana, desde París, desde la dirección de las empresas—, sino a aquellos que están presentes en el barrio y que tienen el poder de representar el poder. Esto es, todas las formas localizadas en las que anida y desde las que se ejerce el poder, de una u otra manera: un servicio municipal, una agencia local de desempleo o de atribución de prestaciones sociales, el agente de policía, la asistente social, el maestro de escuela, el gestor de una asociación local, el empleado de la empresa de la luz, el agente de una oficina bancaria y por supuesto el juez. Es significativo que, con la excepción evidente de esta última figura, los empleos que preceden están ocupados por individuos que componen lo que un colectivo de sociólogos de la universidad de Nantes ha llamado “*la France des petits-moyens*”: trabajadores de las fracciones estabilizadas de las clases populares o de las pequeñas clases medias, cuyas aspiraciones a “ser como todo el mundo”, esto es a convertirse en miembros de pleno derecho de las clases medias, los conduce a establecer una distancia material y simbólica con las poblaciones precarizadas que gestionan y controlan en su cotidiano profesional. Olivier Schwartz ha denominado esta erosión de la conciencia de clase de los sectores estabilizados de las clases populares, y esta puesta a distancia de los sectores más precarizados, conciencia social triangular (Schwartz, 2019).

Estos trabajadores de las funciones públicas y de las colectividades territoriales locales conservan un margen de decisión para distinguir entre los buenos y los malos “pobres”, y algunos pueden restringir o incluso denegar el acceso a ciertas prestaciones y derechos a determinados grupos si no los consideran suficientemente meritorios. Las clases trabajadoras al margen del empleo se encuentran así en la necesidad de tener que negociar permanentemente sobre la legitimidad de sus prácticas de trabajo y de vida con un número

creciente de trabajadores, en el marco de relaciones de poder que son sumamente asimétricas y a menudo arbitrarias. Si los trabajadores estaban confinados en las fábricas, las clases trabajadoras al margen están ahora confinadas en categorías que tienen sobre todo una naturaleza moral (Fassin, 2009).

¿Es pensable la emancipación cuando el trabajo se despliega al interior de comunidades de vida?

El problema planteado por Karl Marx en relación a las potencialidades del trabajo abstracto se invierte cuando el trabajo, que es ante todo una relación social, se insiere en relaciones de reciprocidad que no son necesariamente horizontales y democráticas. El trabajo que se despliega en las economías de subsistencia vincula a los individuos a una comunidad de trabajo que se confunde con una comunidad de vida, y los individuos pueden transformarse en función al servicio de los demás. Esto es, las relaciones de trabajo en los regímenes de reciprocidad pueden subyugar a los individuos (¿a quién sirve una madre?) y cosificarlos (¿para qué sirve una madre?). Nuevamente, la investigación etnográfica descubre que los individuos luchan y experimentan contra estas determinaciones. Así, no hemos constatado una vuelta a la familia tradicional, al contrario, la norma de la fragilidad de la unión matrimonial parece prevalecer también entre las clases populares precarizadas. La multiplicación de esferas de sociabilidad que son, insistimos en esta idea, esferas de producción y distribución de recursos de subsistencia, parecen responder a estrategias de producción de seguridades materiales y morales que permiten escapar a vínculos que por limitados pueden devenir opresivos. No es extraño por tanto descubrir como los individuos, las mujeres en particular, luchan por mantener parcelas de autonomía a distintos niveles (entre vecinas, en el mundo asociativo, en el empleo), y multiplican los vínculos sociales disponibles que pueden activarse en caso de necesidad. La resistencia a la dominación y a la opresión parece así consistir en una suerte de transacción

de cada cual consigo mismo para determinar qué tipos de relaciones son preferibles a otros.

Conclusiones

En definitiva, el trabajo etnográfico nos demuestra que la hipótesis de un despliegue de las economías populares de subsistencia en los países europeos es seria, aunque los desafíos teóricos y conceptuales que plantea este descubrimiento tendrán que irse resolviendo a partir de un diálogo que debe aún estructurarse con las producciones y epistemologías del Sur (Gago, Cielo y Tassi, 2023).

La fragmentación de los mercados laborales ha hecho añicos la universalidad del «trabajador asalariado» como figura de la normalidad de la clase trabajadora. Ha dado un nuevo lugar a formas y espacios económicos que estaban subordinados a la economía capitalista: los espacios de la economía de subsistencia doméstica y urbana, el trabajo reproductivo y la autoproducción.

Las capacidades productivas de individuos y grupos no han sido aniquiladas por la desindustrialización, sino que están siendo redistribuidas e integradas en redes de reciprocidad según lógicas más sociales y morales que económicas. No obstante, implican una reorganización de la esfera familiar basada en un principio de activación económica. Lo que observamos es que el ámbito doméstico y, más allá, la vida en los barrios populares, están totalmente colonizados por el trabajo de subsistencia, que —si está mal pagado— no basta para salir a flote.

En algunos barrios, este trabajo de subsistencia ha adquirido así un papel esencial, en parte independiente del mercado. Este trabajo, que no pretende producir valor en una lógica puramente capitalista, está adquiriendo un lugar predominante en el espacio material y social de las clases trabajadoras mantenidas al margen de la economía asalariada. Se extiende a medida que se reduce el mercado de trabajo formal, que la pobreza impone la organización de intercambios

de servicios, el recurso a la autoproducción y a un tejido comercial en parte autogestionado o explícitamente destinado a las clases trabajadoras.

Sin embargo, y este es un aspecto que nos parece importante recordar, la cultura de la superación que sustenta el trabajo de subsistencia es totalmente compatible con una gestión desregulada del trabajo que hace recaer los costes de la reproducción tanto sobre cada trabajador individual como sobre la comunidad trabajadora. En otras palabras, sin una reivindicación política y colectiva, estas economías urbanas de subsistencia pueden disolverse en la lógica de promoción de una forma de autoempresariado muy coherente con un régimen de intensificación del trabajo.

Bibliografía

Abdelnour, Sarah (2017). *Moi, petite entreprise. Les auto-entrepreneurs, de l'utopie à la réalité*. Paris: Presses universitaires de France.

Braudel, Fernand (1979). *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XV-XVIII siècle*. Paris: Armand Collin.

Brunet, Carole y Rieucan, Gwenaëlle (2019). Mobilités géographiques, emplois et inégalités. *Travail et emploi* 160 (4).

Calderón, José-Ángel (2022). Périphéries. La part du travail dans la production de l'espace. *Les Mondes du Travail* (22).

Calderón, José-Ángel; Demailly, Lise y Muller, Séverin (2016). *Aux marges du travail. Formes, enjeux, processus*. Toulouse: Octarès.

Castel, Robert (2003). *L'insécurité sociale. Qu'est-ce qu'être protégé?* Paris: Seuil.

Cingolani, Patrick (2021). *La colonisation du quotidien. Dans les laboratoires du capitalisme de plateforme*. Paris: Amsterdam

Collectif Rosa Bonheur (2016). Centralité populaire: un concept pour comprendre pratiques et territorialités des classes populaires d'une ville périphérique. *SociologieS*. <https://doi.org/10.4000/sociologies.5534>

Collectif Rosa Bonheur (2019). *La ville vue d'en bas. Travail et production de l'espace populaire*. Paris: Amsterdam.

Collectif Rosa Bonheur; Calderón, José-Ángel; Mortain, Blandine; Verdier, Juliette; Vignal, Cécile et al. (2019b). La mécanique à ciel ouvert. Un travail de subsistance dans les quartiers populaires. *Métropolitiques* (25). <https://hal.univ-lille.fr/hal-04112880v2>

Collectif Rosa Bonheur (2021). Encadrement, répression et résistances ordinaires dans les économies populaires. En: Antonio Delfini, Julien Talpin y Janoé. Vulbeau (Dir.). *Démobiliser les quartiers: enquêtes sur les pratiques de gouvernement en milieu populaire*. Villeneuve d'Ascq : Presses universitaires du Septentrion

Costes, Laurent (1994). *L'étranger sous terre. Commerçants et vendeurs à la sauvette du métro parisien*, Paris: L'Harmattan

Fassin, Didier (2009). Les économies morales revisitées. *Annales HSS*, (6), pp. 1237-1266

Gago, Verónica; Cielo, Cristina y Tassi, Nicolás (2023). *Economías populares. Una cartografía latinoamericana*. Buenos Aires: Clacso

Godelier, Maurice (1996). *L'énigme du don*. Paris: Fayard.

Jany-Catrice, Florence (2010). La construction sociale du “secteur” des services à la personne: une banalisation programmée ? *Sociologie du travail* 52 (4).

Marchand, Véronique (2017). Faire les marchés : commerçant·e·s à La Paz et à Roubaix. *Travail, genre et sociétés* (37), pp. 91-110.

Mingione, Enzo (1997). *Sociologia della vita economica*, Roma: La Nuova Italia Scientifica.

Palomares, Elise (2019). Droits de place. Urbanités minoritaires face aux politiques ambiguës de formalisation des commerces de rue. En: Authier, Jean-Yves; Baggioni, Vincent; Fijalkow, Yankel; Launay, Lydie. *D'une ville à l'autre*, Paris: La Découverte

Penissat, Étienne y Siblot, Yasmine (Dir.) (2017). *Des classes sociales européennes?* Paris: Seuil.

Péraldi, Marc (1999). Marseille : réseaux migrants transfrontaliers, place marchande et économie de bazar. *Cultures & Conflits* (33-34). <https://doi.org/10.4000/conflits.232>

Renahy, Nicolas (2010). *Les gars du coin. Enquête sur une jeunesse rurale*. Paris: La Découverte.

Schwartz, Olivier (22 de septiembere, 2009). Vivons-nous encore dans une société de classes? Trois remarques sur la société française contemporaine. *La vie des idées*. https://lavedesidees.fr/IMG/pdf/20090922_schwartz.pdf

Sciardet, Hugo (2003). *Les marchands de l'aube. Ethnographie et théorie du commerce aux puces de Saint-Ouen*. Paris: Economica

Topalov, Christian (2019). Comment se produisent les classifications urbaines ? Le cas des espaces stigmatisés. *Mots. Les langages du politique* (114). <https://doi.org/10.4000/mots.22860>

Weber, Florence (1989). *Le travail à côté. Etude d'ethnographie ouvrière*. Paris: Emess/INRA.